

LA GESTICULACIÓN **DEL PENSAR**

Hay ciertos gestos que simbolizan de forma universal la acción de pensar. En la célebre escultura de Rodin un hombre sentado, ligeramente inclinado hacia delante, apoya el mentón en su puño derecho mientras el codo de ese mismo brazo flexionado se sostiene en el brazo contrario que reposa a su vez sobre la rodilla izquierda dando al conjunto una cierta torsión violenta casi anticipadora de un fatal desplome del razonador y de todos sus argumentos. Afortunadamente, como la piedra es dura, el pensador sigue *pesando* - aún es siempre todavía - el valor durable de todos los silogismos. Y en el corazón de África, en el pueblo de los *Ndembu*, existe una estatuilla ritual conocida con el sonoro nombre de *Chamutang'a* que representa a un hombre acurrucado, con la barbilla apoyada en las manos y los codos fijos como clavos de hierro en ambas rodillas. Esta figura - dice Lotman - representa la inconstancia, la duda, la indecisión.

Una postura similar a la del moderno pensador occidental de piedra y a la estatuilla ritual africana la hallamos también en una lámina anatómica del médico renacentista Vesalio en la que un esqueleto humano erguido contempla meditativo una calavera hamletiana. En este último dibujo - ¿quién no ha hecho lo mismo cansado de aguantar durante muchas horas en una fila? - la figura ósea descansa su peso cruzando los pies y reclinándose con un breve arco sobre el mueble en donde está colocado el cráneo objeto de la reflexión del esqueleto: el hombre se piensa a sí mismo, piensa sobre el hombre.

Y bien: ¿Qué tienen en común esas tres arquitecturas humanas del pensamiento? Si damos un manotazo al antebrazo que apuntala el mentón del hombre pensante nuestro meditador, carnal o deshuesado, cae de bruces igual que si quitásemos las vigas que contienen la caída de

un muro ruinoso. El puño sobre la barbilla y el codo hincado en la rótula nos dejan ver a un bípedo racional que lucha desesperadamente contra el fantasma de la sinrazón del sueño. ¿Y no resulta éste siempre postrero vencedor al cabo de la jornada? Un pintor sordo, pero no ciego, el aragonés don Francisco de Goya, ilustra la escena con un hombre que duerme sobre los brazos cruzados tirado en una mesa. *“El sueño de la razón engendra monstruos”* - titula el grabado en el que se pueden ver unos murciélagos o guácharos volando como si fueran aves surgidas de alguna horrenda pesadilla.

La razón ensalzada por la Ilustración exige vigilia, velar atentos a las cosas, atisbar con los ojos abiertos el horizonte montados, como un Simeón el estilista, en una alta torre de vigilancia sobre la cual advertimos con tiempo suficiente el peligro venidero que viene despacio a lomos de la carne, el demonio y el mundo. Los hombres sensatos no se meten nunca en problemas, esperan que sean éstos - los problemas cornudos - los que lleguen amenazantes hasta el hombre igual que el torero henchido de valor y dignidad no corre ridículamente detrás del morlaco envuelto en la falda de su capa. Sin embargo, pensar requiere el sustento de las fuerzas de la naturaleza. Tal es la sabia lección que nos enseña visualmente el pensador de Rodin, o el esqueleto de Vesalio. El puño que sostiene la inclinación de la cabeza, su tendencia hacia la siesta o la “cabezada”, es la esbelta columna que soporta la gravedad de la bóveda en una catedral gótica. El pensamiento solamente se ocupa de asuntos graves, de aquellos que preocupan y llenan de pesadumbre al hombre atribulado, indeciso, atrapado en la pinza de una disyuntiva. Quien piensa anda cabizbajo, abrumado por la carga de sus ideas, encorvado hacia la tierra como en un gráfico recordatorio de que la misión de la ciencia es volvernos realistas, prudentes, conservadores. Pero el triunfo de la razón consiste precisamente en la victoria sobre la ley de la gravedad alzando la piedra inerte como un pájaro que vuela entre las nubes. Debemos levantar la vista para contemplar el campanario que el arquitecto entrevió en una noche de imaginaria con el antebrazo apuntalando el mentón para no ser vencido por el sueño. ¿No te has asombrado nunca, amigo lector, viendo las espigas, que no piensan, cómo

levantan en su tallo delicado una masa de granos? ¡Y ellas no necesitan sujetar la barbilla con el puño en ese combate que enfrenta la carne que tiende hacia abajo y el pensamiento que tiende hacia arriba!